

CAPÍTULO UNO

LA TRINIDAD DEL TERROR

1

ALEXANDRA

En un lugar llamado Alaska, Alexandra Romanov se encontraba en el balcón de su casa mirando a la ciudad envuelta en la oscuridad, salpicada únicamente por las luces amarillas de los faroles a gas en las ventanas y esquinas de la calle. Ni una sola nube tapaba las estrellas en el cielo, cuyo brillo resplandecía con perfecta claridad, y cada una de ellas parecía casi la punta perfecta de una lanza de luz. El aire limpio la abrazaba como una niebla invisible, cálida y húmeda, empapando su cabello, ropa y piel. Inhaló profundo, deleitándose con esta vista aérea del mundo tranquilo abajo.

Su mundo. Alaska. Había otros allí afuera, otros... mundos. La Nación Remanente, en algún lugar de las planicies de Nebraska. Había médicos locos en California haciendo cosas que ninguna persona en su sano juicio debía hacer. Pero estaban lejos, así como estaban las cosas. Alaska era suya.

No importaba que la compartiera con otros dos. Nicholas.

Mikhail. Nicholas y Mikhail. Se sentía dueña, sentía el poder, como si todo fuera suyo. Algún día, quizás, *lo sería*. Hasta ese día, perfeccionaría los dones que le había dado la Evolución, quizás sabotearía al resto poco a poco, mientras permitía que el peso de su terrible propósito cayera sobre ellos de vez en cuando. Combatir al terror con terror. Terminar la tragedia con tragedia.

¿No se decía que todas las tragedias ocurrían en grupos de tres? Muertes, terremotos, tornados. Solo había conocido un grupo de trillizos en su vida, pero habían sido el infierno mismo sobre pies pequeños, sus llantos ensordecedores durante la noche de la Evolución aún eran un recuerdo que la inquietaba. No había sido ella quien les puso un fin abrupto a esos llantos, pero sería la mayor de las mentiras decir que no había estado a solo minutos de hacerlo ella misma. Ah, qué inmenso alivio sintió cuando inhaló el dulce aroma del silencio posterior.

Las desgracias vienen de a tres. Era una filosofía tan vieja como el tiempo. Y *ellos* eran tres, la Trinidad, Evolucionada; pensamientos más rápidos que una vida de palabras pronunciadas a la vez; un control mecánico de los sentidos, la fisiología, la química, las endorfinas, todo; la capacidad mental de un universo para aspirar la luz y el conocimiento. Ellos habían Evolucionado, de eso no había duda. Pero ella, sí, *ella*, estaba más allá, más allá de los tres juntos. Y Alexandra lo sabía. Pero, por ahora, eran tres.

Su mente destellaba, recuerdo tras recuerdo, todos en un único instante. La Llamarada y sus numerosas variantes, construyendo mentes para reparar lo irreparable. Quizás todo había servido a un propósito, milenios de trinidades aterradoras, preparando a la humanidad para lo que había surgido, lo que había aparecido en la existencia para erradicar al terror mismo, por todos los medios necesarios.

La Trinidad.

Rayos, funcionaba para ella.

—¿Diosa Romanov?

Maldición. Esperaba tener más tiempo, más tiempo sin hacer nada. Apartó la vista de la hermosura de su ciudad y enfrentó al hombre que había pronunciado su nombre. Un sujeto alto y larguirucho que siempre le recordaba a la rama de un árbol, y el hecho de que sus extremidades no crujieran y se astillaran con cada paso era una pequeña sorpresa para su inconsciente.

—¿Qué ocurre, Flint? —Su nombre no era Flint, pero ella lo llamaba así simplemente porque quería hacerlo. Parecía... menospreciado y eso estaba bien. Ideal, incluso.

—Hay un inconveniente en la rotación de los peregrinos. —Su voz era como una cascada de mena vertida desde una carretilla—. Aquí tengo los números exactos, pero por la mañana nos faltará al menos un ocho por ciento en cada parte de la ciudad. Tendremos que desechar todo.

Alexandra lo estudió y utilizó el entrenamiento que había recibido con la disciplina de la Llamada. Cada sensación en sus músculos, cada cambio en sus ojos, cada movimiento, sin importar cuán sutil fuera, alimentaba la hiperfunción de sus procesos cognitivos. No le estaba diciendo la razón principal por la que había ido a verla.

—Escúpelo, Flint. ¿Qué rayos pasó?

El hombre parpadeó lentamente y dejó salir un suspiro de resignación al comprender lo inútil que era ocultar sus emociones detrás de lo que para ella era una máscara transparente.

—Siete peregrinos fueron asesinados en los estanques de tintura. Lo hicieron con... violencia.

—¿Violencia?

—Inmensa violencia. —Había estado levantando lentamente su portapapeles con los gráficos, listo para compartirle la información, pero enseguida dejó caer todo a su lado—. Cuatro hombres. Dos mujeres. Un bebé. Un niño. Fueron...

—Vaciados —terminó ella—. Fueron vaciados, ¿verdad?

Su rostro tenía un tinte pálido.

—Sí, Diosa. De una manera bastante profesional, me atrevo a decir. Fueron limpiados por completo. Los... restos no aparecieron por ningún lado. Solo quedaron las costillas.

—A la mierda con ese hombre —susurró, la ira amenazando con sobreponerse a sus sensibilidades de la Llamarada. Repasó los *dígitos*, esa secuencia matemática precisa que había aprendido cuando era una acólita, para recuperar la paz y la tranquilidad, no dándole más opción al cerebro que liberar los químicos adecuados—. ¿Sabes dónde está?

Flint sabía exactamente de quién estaba hablando; ella leía sus ojos con la misma facilidad que los gráficos y las tablas que él siempre le llevaba. Tan evidente como la luz del sol, ella sabía que él había visualizado a esas pobre víctimas en los estanques de tintura, cómo los habían abierto de pies a cabeza, toda esencia vital removida con una eficiencia violenta, pero precisa. La sangre, el hedor, el horror de semejante acto... solo un cierto tipo podía hacer eso y permanecer atado. Y ellos dos parados allí ya habían llegado a la misma conclusión.

—Eh, me temo que se fue al... —Se aclaró la garganta, claramente incómodo de compartir información tan personal sobre un miembro de la Trinidad.

Alexandra dio un paso hacia él, controlándose hasta quedar tan rígida como un cadáver. Luego lo miró fijo a los ojos, utilizando las técnicas de hipnosis óptica de su disciplina.

–Dime dónde está. –La inflexión adecuada de su voz selló el trato. Flint asintió en sumisión y entonces habló, casi como si estuviera en trance.

–Mikhail fue al Área.

Alexandra intentó reprimir el asombro, pero, por primera vez en años, su entrenamiento en los caminos de la Llamada la abandonó por completo. Un destello encefalizador de ira estalló en el interior de su mente, borrando el mundo que la rodeaba por el más breve de los instantes. ¿Por qué? ¿Por qué Mikhail hacía esto ahora? Quería gritar, pero se contuvo, y literalmente sacudió un brazo con fuerza como si su voz fuera algo físico. Su ira se aquietó y recuperó la visión; Flint tenía una herida sobre su mejilla, la piel desgarrada por sus dedos y uñas pintadas. Un acto petulante. Necesitaba mayor control.

Miró al pobre hombre, esos ojos embebidos en miedo.

–Límpiate eso, rápido. Si Mikhail está en el Área, debemos apresurarnos.

2

ISAAC

Clank.

Clank.

Clank.

Isaac había estado soñando con ese sonido desde hacía bastante tiempo. Un ruido constante, incesante, extremadamente molesto que encontraba todas las formas posibles para acecharlo en sus pesadillas. Primero era un ave, una cosa negra y plumosa, posada

sobre una cerca de madera que rodeaba el terreno del viejo Sartén en la cara norte de la isla. El pico filoso de la criatura se abría y se cerraba una y otra vez, dejando salir ese *CLANK* con cada movimiento, como el ladrido de un perro mecánico.

Luego se transformó en una máquina gigante, una cosa que le habían contado junto al fuego en alguna historia sobre el viejo mundo, algo que ahora imaginaba con mucha imprecisión. Se llamaba topadora y, por alguna razón inexplicable, intentaba sin éxito alguno barrer una montaña de árboles de metal resplandecientes, plateados e inamovibles. Los *clank, clank, clank* seguían mientras la topadora empujaba hacia adelante implacablemente con su pala gigante abollada y dentada.

Luego apareció un hombre frente a él con nada más que el cielo oscuro lleno de estrellas como telón de fondo. No tenía pelo ni ojos. Tenía media nariz. Tenía una oreja. Y, si bien era difícil decirlo con certeza a la escasa luz de la noche, su piel relucía con hilos de lo que solo podía ser sangre brotando de una docena de heridas. *Ese hijo de perra es horrible*, pensó Isaac.

El hombre intentó hablar, pero lo único que escapó de sus labios fue ese sonido otra vez.

Clank.

Clank.

Clank.

La garganta de la aparición se hinchaba con cada articulación, como si se hubiera atragantado con una ciruela y quisiera sacarla tosiendo. Isaac recordaba más pesadillas de las que podía contar con todos los dedos de las personas que habitaban la isla, pero esta en particular le helaba el corazón. Se despertó con un grito desconcertado que no estaba muy lejos de sonar como uno de los *CLANK* que se habían filtrado en sus sueños.

Pero nada mejoró. Aún podía escuchar ese sonido a su alrededor.

A medida que la conciencia llegaba nuevamente a zancadas a su mente, se levantó tímidamente de la cama y caminó con pesadez hacia la ventana, donde se asomó a través de las cortinas que había hecho su papá hacía al menos una década. Era un día sombrío, las nubes eran una masa sólida y densa en el cielo, y la luz, gris y triste. No había caído una gota de lluvia, pero una neblina reptaba por el césped del campo, varios cúmulos grandes a lo largo de la cerca navegaban por el aire en grupos aleatorios de algodón fino recién estirado. Y pasando las casas en el este de la isla, cerca de la playa, alguien golpeaba con todas sus fuerzas un hierro caliente con un martillo muy grande.

La Fundición.

A Isaac le encantaba ese lugar. La habían construido junto a la playa para que la brisa constante y firme pudiera mantener el fuego vivo y caliente. No entendía muy bien cómo hacían para excavar las montañas escarpadas y convertirlas en roca fundida, pero tampoco le importaba tanto. Era esa etapa del proceso, y todo lo que seguía después, lo que lo consumía. Le encantaba el calor y el vapor, el rojo profundo y resplandeciente, el brillo enceguecedor y ardiente de las chispas. Le encantaba el olor a ozono y cenizas, el humo, los constantes golpes de metal contra metal.

Sí. Quería convertirse en herrero y había estado capacitándose con el Capitán Chispas desde hacía un mes. Nadie excepto él llamaba a Rodrigo por ese nombre ridículo, pero se había puesto la meta de que el apodo se asentara para cuando llegara el invierno. Era algo digno de un genio y nadie podía convencerlo de lo contrario.

Hoy era su día libre. Tenía planes. Miyoko, Dominic, Trish, Saldina, y algunos otros habían estado planeando desde hacía dos

semanas remar en los kayaks hasta el Cabo de Rocas, nadar por las cuevas y saltar de los acantilados. Era probable que Dominic se desnudara y se lanzara de estómago desde la punta que llamaban “El ceño del hombre muerto”; las risas estaban garantizadas. No podía perderse tales festividades y sentirse un cabeza de chorlito respetado. Después de todo, tenían prohibido ir al Cabo de Rocas luego de que tres personas se ahogaran en un plazo de cinco años y él mismo nunca había visitado esa parte tan alejada de la isla. Lo que hacía que todo fuera aún más atractivo. Un poco.

Sin embargo, ninguno de estos pensamientos calmaba su malestar. Escuchar el *clank, clank, clank* insistente y rítmico, como el latido de un corazón de metal, lo atraía como si tuviera una sogá atada a la cintura. Disfrutaba mucho ver al Capitán Chispas en acción y, de repente, remar, nadar, saltar durante horas parecía demasiado trabajo.

Como un viejo marinero que sucumbe ante el canto lujurioso de las sirenas (una historia que su abuelo le había contado entre las quejas de otros alrededor del fuego), se vistió a toda prisa y salió de su yurta. Avanzó hacia el fuego y el metal fundido.

Su yurta. Aún no se había acostumbrado a eso. Tenía su *propia* yurta, una vivienda de una habitación en la que vivía la mayoría de las personas de la isla, salvo aquellos locos que tenían más de dos hijos. Isaac la había construido él mismo y se había mudado allí hacía solo tres meses, y aún se regocijaba en la sensación de victoria.

El día se había despejado inesperadamente con una explosión de luz que limpió las nubes y la neblina; la temperatura era perfecta. La gente caminaba a todo su alrededor: algunos iban a sus granjas, otros a las tiendas, el molino, el depósito, la pescadería; la mayoría estaba demasiado ocupada como para notar a un joven en su día libre trotando hacia la playa. Pero el señor Jerry fue la

excepción y lo saludó, moviendo sus cejas gigantes que parecían estar hechas de lana recién cardada, al igual que la señora Ariana, a unas pocas yurtas de distancia, quien le guiñó el ojo, un gesto inocente de una mujer que era una de las primeras personas nacidas en la isla, solo un año después de la Trans-Plana. Su cabello plateado y sus ojos arrugados siempre le recordaban a la abuela en la historia de Caperucita Roja.

—¿Cuál es la prisa, muchacho? —gritó ella desde el borde de su pequeño jardín. En sus manos llevaba el Boletín Diario que su amiga Sadina entregaba cada mañana—. ¿Hay un incendio y no lo supe?

—Tengo trabajo en la Fundición —respondió Isaac, aminorando la marcha lo suficiente para hacer una pequeña reverencia adulatora y un gesto ostentoso para saludarla—. ¿Qué cuentas? ¿Tienes otra cita con el viejo Sartén?

Dejó salir una risotada y un chillido.

—¡Ya quisiera él! Ese bastardo miserable no sabe cortejar ni a un melón.

Isaac exageró una risa y aceleró el paso, dándole un último saludo de despedida.

—¡Corre, muchacho! —gritó ella—. ¡Corre como el viento!
Le encantaba esa anciana.

3

MINHO

El Huérfano estaba quieto, rígido tras el parapeto de la fortaleza, su rifle descansaba sobre uno de sus hombros y el cañón apuntaba directo al cielo nublado. Tal como lo había hecho durante los

últimos once años, vigilaba los campos interminables que servían de fosa seca alrededor de su hogar. Era una tierra muerta donde habían envenenado a todo rastro de vida y vegetación para que no obstruyera la vista de los Huérfanos. Sus restos yacían opacos y grises como un cementerio sin tumbas, tan vasto como el océano.

El Huérfano no tenía nombre.

A nueve metros hacia el norte, había otra estatua sin nombre de hombros rectos, cabeza rapada y un cuerpo envuelto en un traje de artillería. Literalmente, un misil humano. Hacia el sur, a otros nueve metros, había otro Huérfano. Pero este no estaba de pie, sino que estaba sentado sobre una torreta de metal, una máquina con tanta potencia de fuego que era capaz de destruir por completo el muro sobre el que descansaba. Ese Huérfano tampoco tenía nombre.

Al menos, esto era lo que les habían dicho toda su vida. Desde el día que nacieron, fueron separados de sus madres afectadas por la Llamada. Si bien él, por obvias razones, no podía recordarlo, sabía que le habían hecho cientos de pruebas, todas las que pudiera imaginar, para asegurarse de que él tampoco estuviera infectado. Aun así, lo mantuvieron en cuarentena durante cinco años junto a otros como él, creciendo, aprendiendo, entrenando. Y luego, más pruebas. Estas sí las recordaba, aunque el día que llegaron los resultados se había vuelto una imagen nebulosa. Pero no importaba. Habían dado negativo. De otro modo, no existiría. Lo habrían desechado al mismo pozo que a su madre, donde ardería por cien años.

El nombre del Huérfano era Minho, aunque no tuviera nombre.

No podía decírselo a nadie, claro. Nunca nadie lo había llamado Minho. Incluso ahora, pensándolo bien, sentía escalofrío ante la idea de que alguien lo supiera, de que alguien leyera su mente, de que los Portadores de las Penas se enteraran de que había blasfemado su

propósito en la vida otorgándose a sí mismo un nombre. El castigo no estaba en duda y llegaría sin demora. No habría juicio. Por eso, tenía que mantenerlo en secreto. Nadie podía saberlo. Sus dedos se aferraban al rifle con firmeza y mantenía los labios presionados, mientras respiraba con pesadez, aferrándose a esta única cosa.

Su nombre era Minho.

A pesar de todos los esfuerzos que hacía la Nación Remanente, abundaban rumores entre los Huérfanos sobre los días en que la Lllamarada se había esparcido por la tierra y azotó a toda la humanidad. Nadie podía determinar con certeza qué historias eran reales y cuáles eran más bien mitos. Como todo, la mayoría probablemente caía en el medio. Historias sobre CRUEL, historias sobre Cranks, historias sobre curas, sobre héroes y villanos. Historias sobre el Laberinto y aquellos que escaparon. La mayoría era un cristal empañado cubierto de lodo, una ventana a través de la cual era imposible identificar figuras que tuvieran sentido. Pero había una historia que sobresalía del resto y, de esa historia de impávida valentía, Minho había elegido su nombre secreto.

En su mente, lucía exactamente igual al Minho de los míticos miembros del Área, pensaba como él, hablaba como él, soñaba como él. Luchaba como él. En su corazón, era digno de llevar ese nombre.

Minho.

Pero, por más valiente que fuera, tenía que mantenerlo en secreto hasta que las cosas cambiaran.

De repente, el rugido profundo y barítono de un cuerno sonó desde la torre de vigilancia más cercana, barriendo el silencio y haciendo que su mandíbula temblara por la vibración metálica del aire. Sus cavilaciones se desvanecieron y fueron reemplazadas por el estado de alerta que su entrenamiento había perfeccionado.

Cambió su punto de apoyo, flexionó las rodillas, se arrodilló contra el parapeto y asomó su rifle por el borde. Respirando con la letanía de la calma que le habían enseñado desde que tenía cinco años, miró a los campos distantes y llanos, y esperó a lo que fuera que hubiera despertado la advertencia de la torre de vigilancia.

Varios minutos pasaron. Nada más que lodo y tierra y vegetación putrefacta por kilómetros en la distancia.

Paciencia. Nadie tenía tanta paciencia como los Huérfanos.

Entonces, una figura apareció por el horizonte. Se acercó rápido y no pasó mucho tiempo hasta que Minho pudo verla con claridad. Una persona a caballo que se acercaba con un galope constante. Un hombre vestido con harapos, desarmado, cuyo cabello se mecía a su alrededor como un pozo rabioso de serpientes hambrientas. El hombre cabalgaba en línea recta, directo hacia la ubicación de Minho. Cuando el extraño estaba a medio kilómetro de distancia, aminoró la marcha hasta un trote, luego un paso firme y finalmente se detuvo a ochenta metros de él. El hombre levantó las manos, consciente de la artillería pesada con la que le estaban apuntando. Entonces, gritó:

—¡No estoy infectado! ¡Ya me hicieron las pruebas y yo mismo me puse en cuarentena durante seis meses! ¡No tengo ningún síntoma! ¡Por favor! ¡Lo juro! ¡Me quedaré aquí hasta que vean que no estoy enfermo!

Minho escuchó las palabras del hombre, pero ya no importaban. No importaban en lo más mínimo. Al igual que la mayoría de las cosas en el reino de la Nación Remanente, el desenlace de esta escena ya había sido decidido con antelación. La Llamada era su diablo y la Cura era su dios. Se preparó, consciente de que no tenía el coraje para desobedecer el protocolo, no aún, no por un largo tiempo.

—¡Por favor! —rogó el hombre—. ¡Estoy tan limpio...!

Un único disparo interrumpió el aire, un estallido feroz que resonó en todas direcciones.

Un pequeño zarcillo de humo brotó de un nuevo agujero en la cabeza del extraño y este cayó de su caballo directo al lodo. Enseguida, otro disparo y el animal lo acompañó en el suelo.

Minho inhaló el olor de la pólvora, orgulloso de su puntería, pero lamentando haber tenido que usarla.

El Huérfano se levantó una vez más, se puso en guardia y apoyó el rifle sobre su hombro, tal como lo había hecho fielmente durante once años.

El Huérfano no tenía nombre.